

Julio Albi de la Cuesta

# ¡ESPAÑOLES, A MARRUECOS!

LA GUERRA DE ÁFRICA  
1859-1860

Del autor de  
**DE PAVÍA  
A ROCROI**



¡ESPAÑOLES, A MARRUECOS!

LA GUERRA DE ÁFRICA 1859-1860

¡ESPAÑOLES, A MARRUECOS!  
LA GUERRA DE ÁFRICA 1859-1860

Julio Albi de la Cuesta



¡Españoles, a Marruecos!

Albi de la Cuesta, Julio

¡Españoles, a Marruecos! / Albi de la Cuesta, Julio

Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2018. – 416 p., 8 p. de lám. :il.; 23,5 cm – (Historia de España) – 1.ª ed.

ISBN: 978-84-122079-2-7

94(460).066.2 / “1859/1860”

## **¡ESPAÑOLES, A MARRUECOS!**

### ***La Guerra de África (1859-1860)***

Julio Albi de la Cuesta

© de esta edición:

*¡Españoles, a Marruecos!*

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha

28014 Madrid

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)

ISBN: 978-84-122079-2-7

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Cartografía: Desperta Ferro Ediciones

Producción del ebook: [booqlab.com](http://booqlab.com)

Primera edición: abril 2018

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2018 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Advantia Comunicación

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

Si hoy la Guerra de África ha reunido a los españoles, desconfiemos de que los  
haya reunido.

*Sueño político sobre las consecuencias de la Guerra de África*

Nicomedes Martín Mateos

Madrid, 1860

Este pequeño ejército, realmente bravo, y admirablemente paciente y  
disciplinado, se merecía algo mejor.

*The Spanish campaign in Morocco*

Frederick Hardman

Edimburgo-Londres, 1860

# ÍNDICE

Prólogo

- 1 «¡ESPAÑOLES, A MARRUECOS!»**
- 2 ESPAÑA, 1859**
- 3 LOS CONTENDIENTES**
- 4 OPERACIONES DE NOVIEMBRE Y DICIEMBRE DE 1859**
- 5 «UN MAL SUEÑO»; LA LARGA MARCHA (ENERO DE 1860)**
- 6 AITA TETTAUEN**
- 7 UNA BATALLA DIFÍCIL, UNA PAZ COMPLICADA Y OTROS COMBATES**

Apéndice I

Apéndice II

Apéndice III

Apéndice IV

Apéndice V

Bibliografía

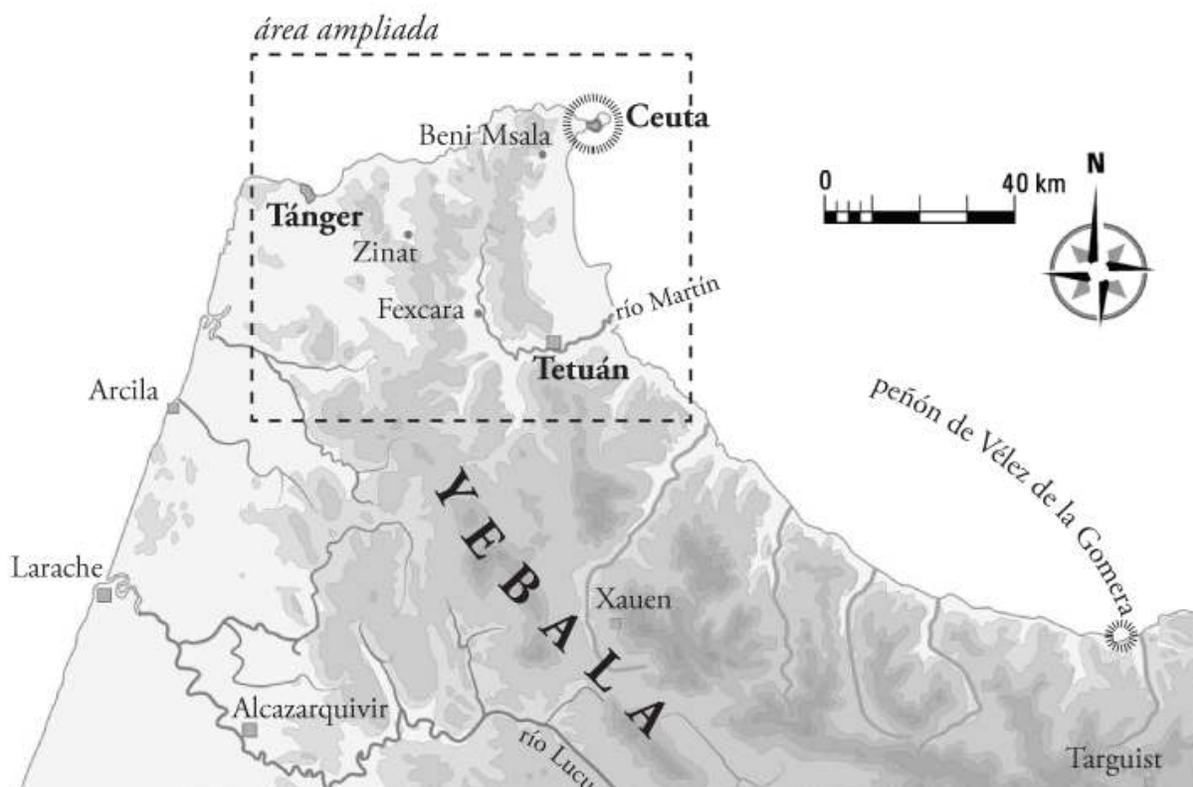
# Norte de Marruecos

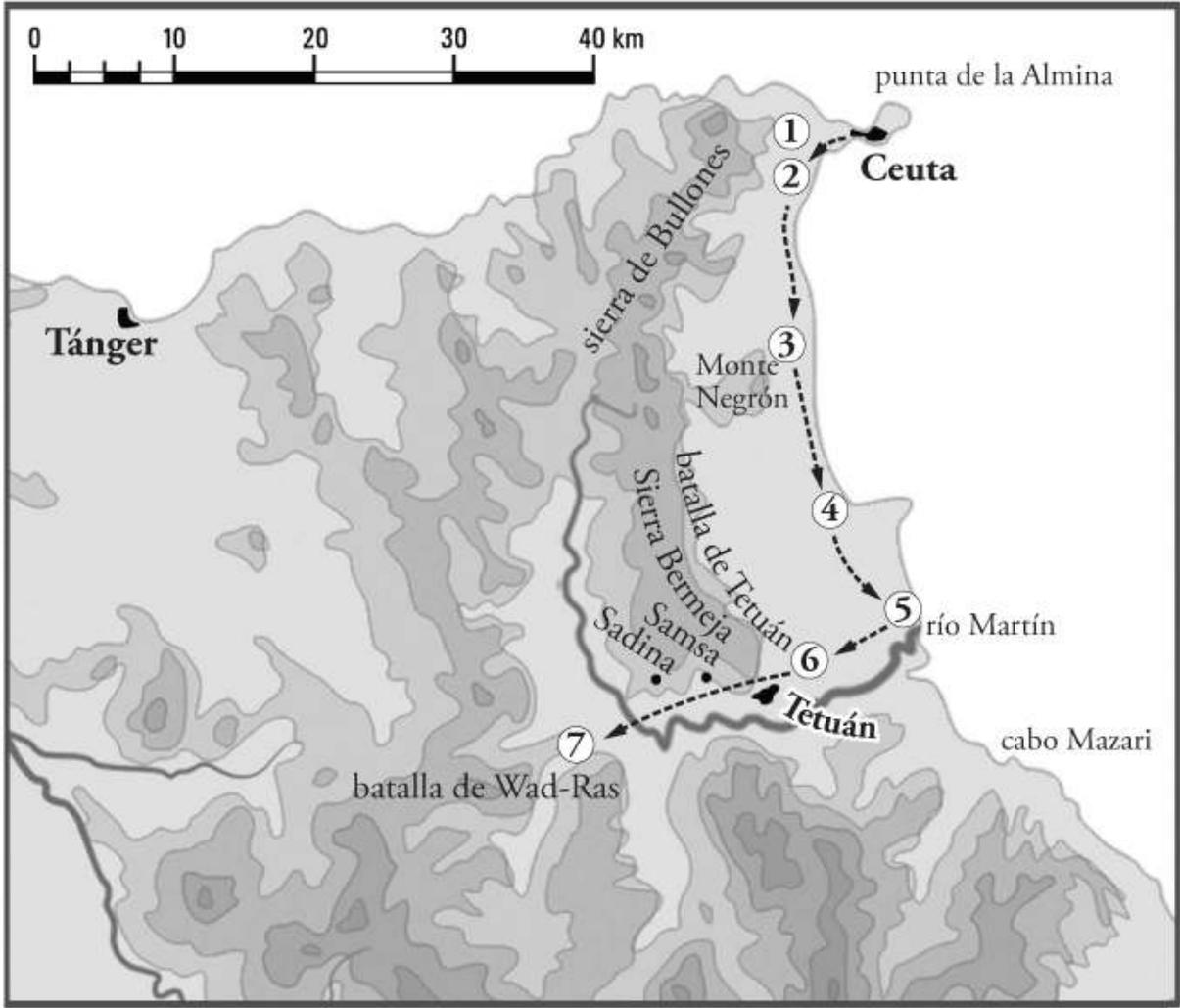
y la zona de operaciones durante la guerra de 1859-1860

 Posiciones españolas en el norte de África antes del conflicto

## La guerra

- ① Combates frente a Ceuta
- ② Batalla de Castillejos, 1 de enero de 1860
- ③ En las laderas del Monte Negrón, 6 de enero de 1860
- ④ Cabo Negro, 14 de enero de 1860
- ⑤ Batalla de Tetuán, 4 de febrero de 1860
- ⑥ Batalla de Wad-Ras, 23 de marzo de 1860







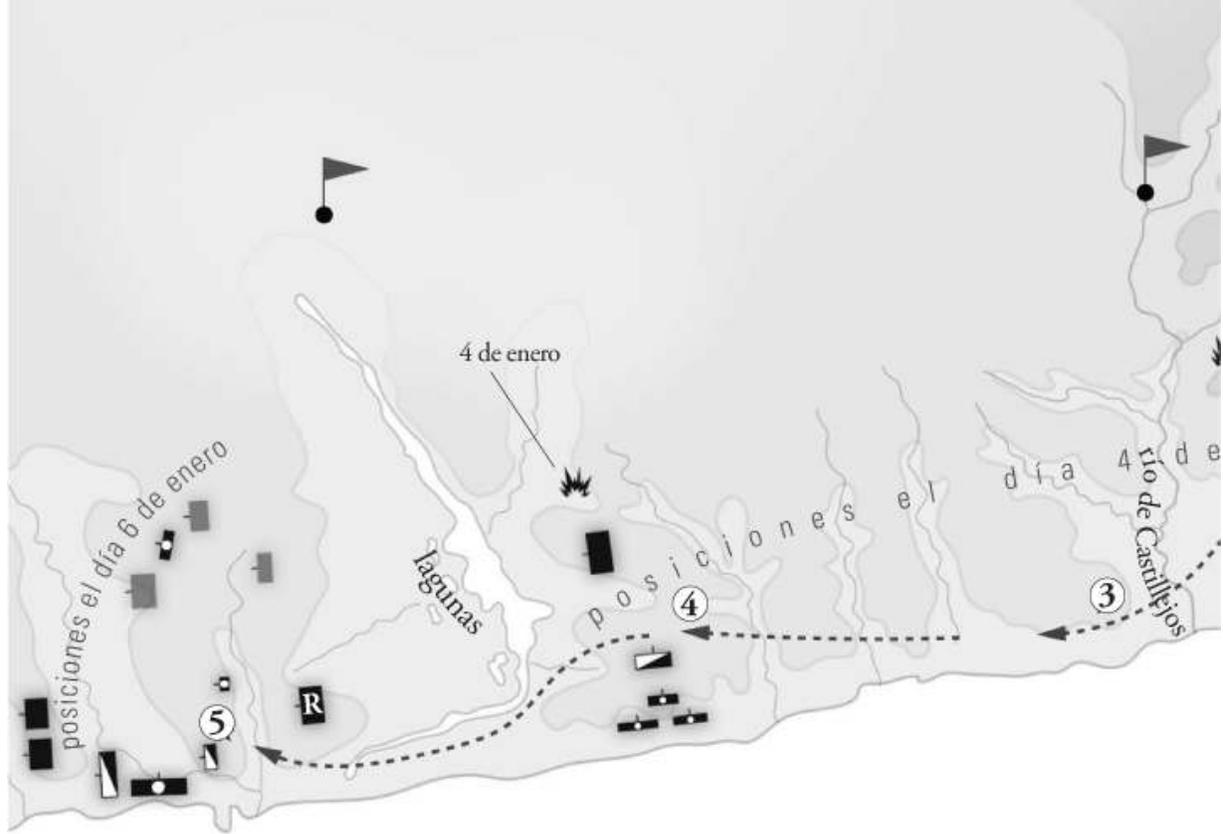
# De Ceuta a las laderas del Monte Negrón

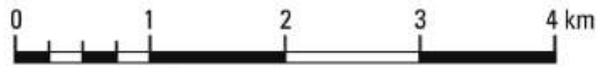
del 6 de enero al 6 de febrero de 1860

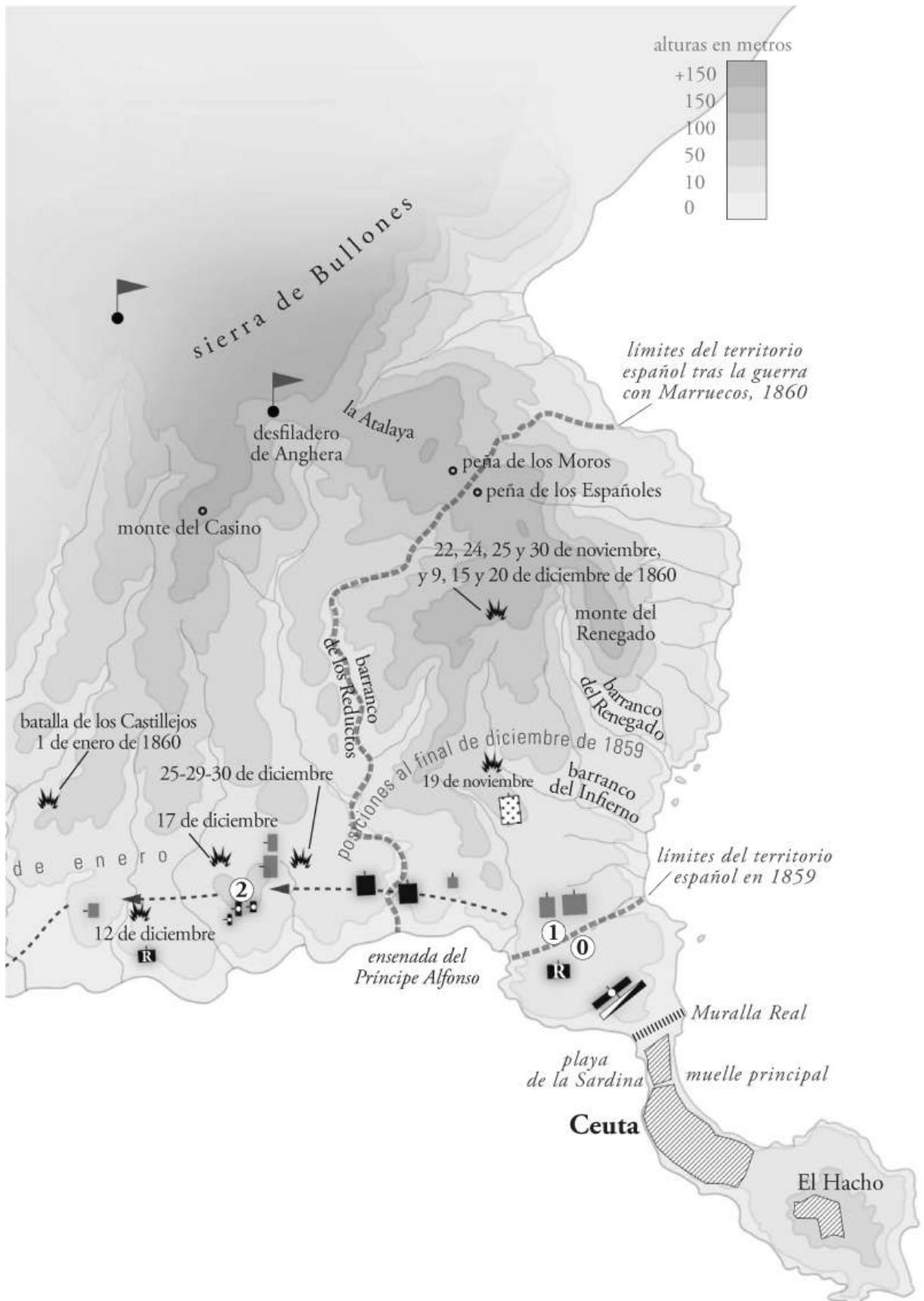
-  Unidades del I Cuerpo
-  Unidades del II Cuerpo
-  Unidades del III Cuerpo
-  Unidades de Caballería
-  Unidades de Artillería
-  Reserva
-  Movimientos del ejército durante el avance
-  Campamentos de las fuerzas marroquíes
-  Acciones de combate con fecha, y algunos con nombre

## Etapas de la campaña según la ubicación de los campamentos del Estado Mayor

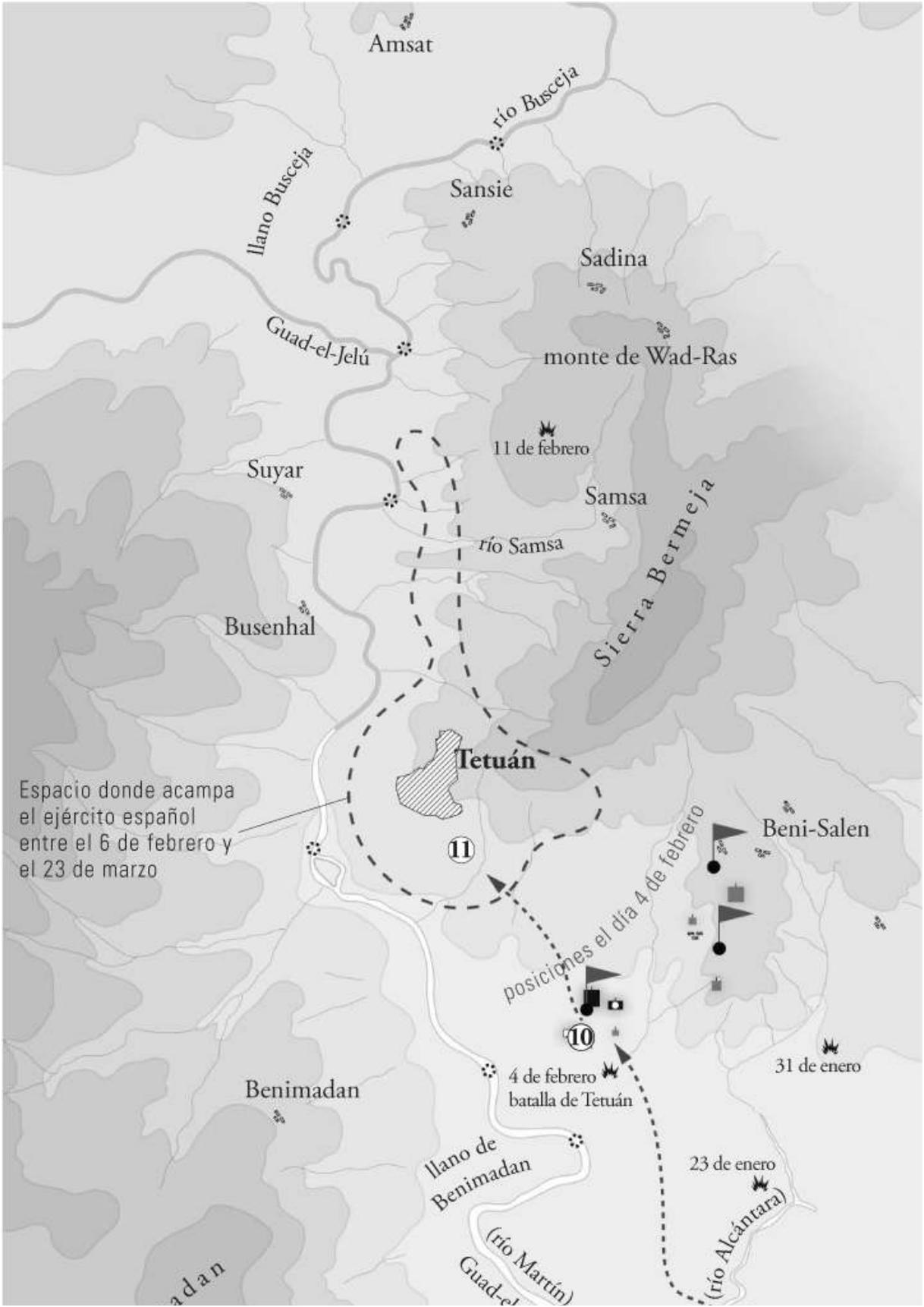
- ① Entre los días 27 de noviembre y 15 de diciembre
- ① Entre los días 15 de diciembre y 1 de enero de 1860
- ② Día 1 de enero
- ③ Entre los días 2 y 3 de enero
- ④ Entre los días 4 y 5 de enero
- ⑤ Día 6 de enero













# Del Monte Negrón a Tetuán

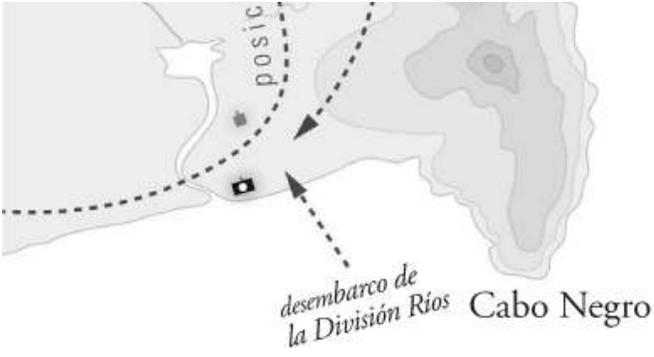
del 6 de enero al 23 de febrero de 1860

-  Unidades del II Cuerpo
-  Unidades del III Cuerpo
-  Unidades de Caballería
-  Unidades de Artillería
-  Reserva
-  Movimientos del ejército durante el avance
-  Campamentos de las fuerzas marroquíes
-  Acciones de combate con fecha, y algunos con nombre
-  Vados

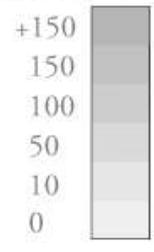
## Etapas de la campaña según la ubicación de los campamentos del Estado Mayor

- ⑤ Día 6 de enero
- ⑥ Entre los días 7 y 14 de enero
- ⑦ Día 14 de enero
- ⑧ Entre los días 15 y 17 de enero
- ⑨ Entre los días 17 de enero y 4 de febrero
- ⑩ Entre los días 4 y 5 de febrero
- ⑪ Entre los días 6 de febrero y 23 de marzo





alturas en metros



# PRÓLOGO

La campaña de 1859 a 1860 ha pasado a la historia con el nombre, desde muchos puntos de vista plenamente justificado, de «Guerra Romántica». Para empezar, tiene ese carácter la misma denominación oficial, Guerra de África, que desorbita el ámbito de las operaciones que se llevaron a cabo para darles una dimensión continental, cuando, en realidad, solo se desarrollaron en un estrecho pasillo –se ha comparado la distancia entre Ceuta y la bahía de Tetuán a la que separa a Madrid de la sierra de Guadarrama– que apenas sería perceptible en un mapa de regular tamaño del enorme continente.

Junto a estas exageraciones, se reunieron muchos ingredientes románticos: cargas de coraceros con refulgentes cascos metálicos; agrestes cabileños de chilabas rayadas; lanceros con multicolores banderolas; la legendaria Guardia Negra, azul y roja; audaces cornetas, casi niños; bellas hebreas; presidiarios encadenados, como salidos de Los Miserables; húsares, blancos y celestes; aérea caballería marroquí, envuelta en jaiques fantasmales; misteriosas ciudades santas; arias de Bellini cantadas a la luz de las hogueras por oficiales sentimentales; zocos abigarrados; curtidas cantineras vestidas a la amazona, revólver en cinto; Prim tonante, en los Castillejos; caravanas ondulantes de camellos; ataques a la bayoneta con banderas desplegadas, al compás de músicas y charangas, y plumas como las de Alarcón, que tomaban sus sueños por realidades.

Pero, junto a todo eso, existen otros aspectos: una campaña improvisada, lanzada en la peor época del año y con medios navales insuficientes; soldados ateridos, mal cobijados en tiendas diseñadas para resguardar del sol, no para proteger de las constantes lluvias, y batallas inútiles y costosas. Y, siempre, la sombra del cólera insidioso, matando a diestro y siniestro, más feroz que las balas, y que envió a miles de hombres a la tumba, tras entierros clandestinos,

para no desmoralizar a los supervivientes, o a hospitales donde con frecuencia agonizaban olvidados en el suelo, sobre un montón de paja podrida.

Es este doble aspecto de aquella guerra lo que se intenta reflejar en las páginas siguientes, procurando no caer en estereotipos manidos. Porque si la guerra fue indiscutiblemente popular, miles de españoles pagaron para no ir a ella; si concitó consensos de todos los partidos, la unanimidad duró poco; si obtuvo ciertas ventajas, generó decepciones, incluidas las de la propia Isabel II, y si se derrochó bravura, sobraron imprudencias censurables.

Fue, pues, una campaña con claroscuros, como tantas otras, lejos del escenario, a la vez idílico y teatral, que, en ocasiones, se ha presentado.

# 1

«¡ESPAÑOLES, A MARRUECOS!»<sup>1</sup>

## LA CUESTIÓN DE LOS «MARMOLILLOS»

En la noche del 10 de agosto de 1859, sombras furtivas se afanan en torno a un edificio en construcción. Jadeantes, con palos y medios de fortuna destruyen las paredes apenas levantadas. Terminada la labor, se pierden en la oscuridad.

La mañana del día siguiente, Ramón Gómez Pulido, gobernador militar de Ceuta, envía a un subordinado a pedir explicaciones a la autoridad marroquí más próxima, el alcaide del Serrallo, un vetusto palacio situado a corta distancia de los muros de la plaza. El representante del sultán Abderramán se muestra sorprendido por la noticia, que atribuye a un desmán de la arisca cabila de Anghera. Aunque presenta sus excusas, maldiciendo a los montañeses, y ordena a sus acólitos restablecer como puedan un garitón que ha sido demolido, el español, hombre de corta paciencia, no se da por satisfecho. Ese mismo día 11, comunica al ministro de la Guerra, en Madrid, su propósito de «escarmentarlos [a los agresores] sangrientamente, emboscándoles fuerza fuera del recinto».<sup>2</sup>

No obstante, solicita permiso para esa iniciativa, consciente de su posible alcance. Por el mismo motivo, pone al corriente al cónsul general de España en Tánger, Juan Blanco del Valle. Este, un rico propietario de San Roque, transformado en diplomático por los azares de la política, no oculta su alarma, o, en frase más expresiva, «una bomba que hubiese caído a sus pies no hubiera causado más desastroso efecto»<sup>3</sup> que la inoportuna novedad.

En esas fechas estaba pendiente de firma un acuerdo sobre los límites de Melilla,<sup>4</sup> muy favorable para el Gobierno, y temía, justificadamente, que lo sucedido afectase a las buenas relaciones entre los dos países. De hecho, como recordará a Gómez Pulido, en respuesta a un oficio suyo del 6, había expresado

ya su preocupación ante las eventuales «dilaciones y entorpecimientos» que podían causar los trabajos que se habían emprendido en el campo exterior de Ceuta.

Por eso, en su contestación del 12 volverá a mencionar las posibles «complicaciones y dificultades» que se suscitarían. Al tiempo, evoca el muy delicado estado de salud del «anciano emperador berberisco», esto es, del sultán, y comenta que «si llegare a sucumbir todo lo habríamos perdido, porque la anarquía más espantosa se entronizaría en este país casi salvaje», haciendo estériles todos sus desvelos para concluir el tratado de Melilla. Con ese motivo, le ruega que, de momento, «suspenda las obras proyectadas». A la vez, traslada al Ministerio de Estado, como se titulaba entonces el actual de Asuntos Exteriores, su inquietud ante «los propósitos belicosos» del gobernador.

Finalmente, se dirige a Mohamed el-Jetib, ministro de Negocios Extranjeros de Marruecos, refiriéndose al «ultraje» cometido, que «no puede quedar impune». «Es preciso, absolutamente preciso, que se haga en presencia de la mencionada plaza [...] un ejemplar castigo [...] justo y severo» de los culpables.

Siempre el 12, una delegación de cebileños pidió parlamento ante Ceuta y manifestó al mayor que salió a escucharles que, en ningún caso, consentirían la erección de edificaciones en ese terreno, «aunque el sultán lo mande». Al informar de ello, y de su firme respuesta, Gómez Pulido destacó que estaba «sumamente satisfecho de la conducta que ha observado el alcaide del Serrallo» en toda la cuestión, porque había hecho lo posible para convencer a los de Anghera para que depusiesen su actitud. Solo al final del despacho alude, por primera vez, a «los marmolillos [...] volcados», que en el curso de los siete meses siguientes llevarían a la muerte a miles de hombres.

Para valorar lo sucedido, es preciso situar los acontecimientos en su contexto. En virtud del artículo 15 del Tratado de Mequínez, de 1 de agosto de 1799, vigente en 1895, que se remitía a su vez a un acuerdo de 1782, se estipulaba la concesión por parte de Marruecos de un «terreno para el pasto» a las afueras de Ceuta, delimitado por los malhadados marmolillos.<sup>5</sup> Se trataba del campo exterior, o «del moro» —la expresión ya revela la pertenencia—, de unos mil metros. Remacha<sup>6</sup> estima que ese «espacio agropecuario» es «territorio del sultán, gravado con una servidumbre», pero considera que ello no excluía que España pudiera tomar «medidas de seguridad para su mantenimiento y

uso». Acaso, en cambio, cree que cualquier construcción en dicho territorio era contraria a «la letra y el espíritu del tratado en vigor».<sup>7</sup>



Panorama de Ceuta, en el *Atlas histórico y topográfico de la Guerra de África* (1861).

Este punto de vista parece acertado. Se trataba, sin duda, de suelo marroquí; más concretamente, de la cabila mencionada. Desde luego, al cederlo para su aprovechamiento en un ámbito específico, estaba implícito que el usufructuario pudiera tomar las providencias precisas para hacer efectivo su disfrute, ya que, en caso contrario, el derecho cedido estaría vacío de contenido. Pero incluir entre ellas el levantamiento de estructuras duraderas, y más aún de carácter militar, se antoja exagerado. Al respecto, es muy significativo que los montañeses no protestasen por la existencia de construcciones, sino porque las nuevas, a diferencia de las anteriores, no eran de madera, sino de obra, lo que implicaba una clara voluntad de permanencia.

El fondo del asunto es que, al margen de disquisiciones, dicha voluntad existía. En efecto, de creer a una fuente nada sospechosa,<sup>8</sup> ya desde julio de 1854, Leopoldo O'Donnell, como ministro de la Guerra de un gobierno anterior, acariciaba la idea de «redimir de su desprestigio nuestra influencia en África mediante una acción enérgica». Con vistas a ello, en noviembre nombró gobernador militar de Melilla al brigadier Manuel Buceta, un belicoso militar. Es más, siendo presidente del gabinete, en 1859 le repuso en el puesto del que

había sido relevado. Sin duda, se arrepentiría más tarde, ya que era tan impetuoso que sería condenado al año siguiente en un consejo de guerra por su acometividad, tan excesiva como poco prudente.

Por otro lado, en 1855, una comisión había realizado reconocimientos de la costa marroquí para estudiar posibles puntos de desembarco. Fueran o no reales los pretendidos planes de O'Donnell, existía una última cuestión de mayor cuantía: la vulnerabilidad de las plazas ante los crecientes avances en el alcance de la artillería, fruto de la aparición de nuevas tecnologías, que permitían que Ceuta pudiese ser bombardeada desde la altura llamada El Otero, en pleno «campo del moro». Para eliminar esta eventualidad, en Madrid se había decidido la erección de cuatro fuertes en esa zona. Justamente para vigilar a los penados que trabajarían en ellos, se había comenzado a levantar el cuerpo de guardia llamado de Santa Clara, objeto del atentado del 11.

Complicaba todo la tenue soberanía ejercida por los sultanes en el ámbito de su propio país. Durante siglos, Marruecos estuvo dividido entre un estrecho Bled el-Majzen, donde la autoridad del emperador era indiscutida, y un amplio Bled es-Siba, en el que era contestada en mayor o menor medida, y que podía englobar, según las épocas, hasta dos tercios del territorio, incluyendo las regiones vecinas tanto de Ceuta como de Melilla.

De ahí que en el citado texto de 1799 se autorizara a España a usar «del cañón y del mortero», si resultara preciso por «la mala índole de aquellos naturales». Así, el sultán reconocía expresamente que no siempre estaba en condiciones de reprimir los desmanes de sus revoltosos y teóricos súbditos. Por eso, la buena voluntad del alcaide del Serrallo, aun siendo real, tenía una eficacia muy relativa.

En cierto modo, pues, a mediados de agosto ambos países se encontraban, incluso aunque no lo desearan, en rumbo de colisión. Los de Anghera se resistían a perder de forma definitiva unas tierras que consideraban propias, con razón; para Abderramán no era fácil controlarlos, pero tampoco podía ceder impunemente una parte de la herencia de sus antecesores, y menos todavía en su precario estado de salud, y para España resultaba vital impedir que Ceuta pudiese ser cañoneada. Se estaba ante intereses contrapuestos que resultaba problemático conciliar.

Un segundo escrito del gobernador al Departamento de Guerra, el 13, plasma meridianamente esa posición española. Narra ahora con más detenimiento lo sucedido. Dice que «habiendo dado principio a nuevas obras

de fortificación», que requerirían movilizar a numerosos presidiarios, juzgó insuficiente la habitual custodia de dieciséis hombres de la compañía de lanzas, por lo que decidió levantar un cuerpo de guardia con capacidad para una compañía entera de infantería, a doscientos cuarenta pasos de las puertas de la plaza y a más de seiscientos del límite entre el «campo del moro» y el territorio plenamente marroquí. Antes de hacerlo, informó al alcaide del Serrallo.

En su opinión, esa comunicación no fue más que una prueba de su buena voluntad, ya que, en una lectura peculiar del ya citado artículo 15, consideraba que «los límites del campo absolutamente nos pertenecen». Desdeñaba, de esa manera, un punto tan esencial como era la limitada finalidad para la cual el sultán había renunciado parcialmente a sus derechos en ese espacio.

Continúa luego describiendo el incidente de la noche del 10 al 11 y detalla el encuentro con los cabileños. Menciona que estos se hicieron acompañar por tres escribanos, con lo que mostraban que contemplaban el conflicto como un contencioso jurídico, y que deseaban resolverlo por esa vía, y no por la fuerza. Argumentaron, en efecto, que el terreno pertenecía a su cabila –lo que era cierto– y que «solo había sido cedido para pastoreo de ganado y desahogo de la plaza», lo que también era verdad. Gómez Pulido cuenta que les respondió insistiendo en los derechos de España y que les amenazó con que «les ametrallaría» si no los respetaban. Entonces, sigue, los marroquíes «me pidieron que la obra se construyese solo de madera, a lo que me negué resueltamente, retirándome sin querer oír nuevas explicaciones».

Del infructuoso diálogo se deduce que los montañeses tenían, como mínimo, un argumento atendible. Atribuir su actitud, como hace Gómez Pulido, a «ignorancia siempre acompañada de mala fe» era tan racista como injusto. Sobre todo, porque al final del despacho muestra sus verdaderos pensamientos. De un lado, considera «muy favorable para los intereses de España» la muerte próxima del sultán y el posterior periodo de caos que era previsible. De otro, alude de nuevo «a los cuatro fuertes que están asignados y aprobados sobre El Otero, en la línea divisoria o próximos a ella».

Admite, por tanto, algo determinante para valorar la crisis. No interesaba tener un interlocutor válido para negociar, y Madrid había decidido, sin consultar a Marruecos, extender las fortificaciones de Ceuta, estableciéndolas sobre un área en la que únicamente disfrutaba derechos de pasto. Además resultaba claro que esas obras estaban destinadas no a proteger al ganado

mientras comía, sino a reforzar la seguridad de la plaza, una finalidad que nada tenía que ver con el uso para el que se había cedido el terreno.

La situación se iría degradando de forma inexorable. Aunque el 24 del mismo mes se firmará el convenio ampliando los términos jurisdiccionales de Melilla, aplicables también al Peñón de Vélez de la Gomera y a Alhucemas, pero no a Ceuta,<sup>9</sup> los roces se siguen produciendo. El 20, Gómez Pulido oficia de nuevo al ministerio. Si bien dice «no comprender la analogía que pueda tener esta cuestión [el tratado sobre Melilla]», con la crisis ceutí, incurriendo en contradicción con lo que había dicho el 11, propone, sin duda a regañadientes y «como concesión gratuita» acceder a la petición del cónsul para que se suspendieran de forma transitoria las obras, a fin de no envenenar el ambiente antes de la firma del tratado. Pero se le debió contestar anunciándole el envío de tropas, ya que el 22 informa que en Ceuta «podrán alojarse 2000 hombres más».

También se refiere a los «marmolillos», precisando que «tenían las armas de España por un lado y la media luna por el otro». Anuncia que ha mandado hacer uno igual al despedazado y que lo colocará esa tarde, junto a una bandera y una escolta adecuada. Añade, lo que indica su mentalidad, que si vuelve a ser destruido, cuando lo reponga «servirán de pedestal dos cabezas de la guardia marroquí», a quien considera responsable, directa o indirecta, de los hechos.

Incidentalmente, se podría comentar que, al haber una media luna tallada, los cabileños habían atentado tanto contra el sultán como contra España, lo que debilitaba la posición del Gobierno de O'Donnell que interpretaba lo sucedido como una afrenta dirigida exclusivamente contra su país.



Campamento militar en las ruinas del Serrallo. Primera posición ocupada por el ejército español en la Guerra de África de 1859-1860. Fotografía de Enrique Fazio, incluida en *La fotografía militar en la Guerra de África*.

El 23 confirma el gobernador que plantó la bandera, en presencia del alcaide del Serrallo, y que el mismo día se colocó un hito con el escudo español. Se amontonaron los de Anghera al percatarse de ello, pero salió con fuerzas y dos obuses, ante lo cual se retiraron. No obstante, ya de vuelta a la ciudad, ha sabido que la piedra había sido derribada una vez más, por lo que pide permiso para retirar las armas reales de ella.

Descubre su juego cuando comenta: «mañana temprano volverá a colocarse, pero seguramente se volcará por la noche; esto no lo considero un mal, pues si se empeñan en destruir lo que marca la división de campos, nos autoriza a entrar en el suyo siempre que se tenga por conveniente», lo que es otra de sus peculiares interpretaciones jurídicas. Recomienda, como medida provisional, la edificación de cuatro blocaos de madera, dos de ellos artillados, cerca de donde se ha decidido «la construcción de los fuertes». Persevera, por tanto, en su intención de tomar el control del «campo del moro», recordando en otro oficio de igual fecha que «la altura en cuestión [el Otero] domina la plaza y por eso se ha proyectado y aprobado la construcción de cuatro fuertes en ella».

El 26 se hace eco de una gestión del hermano del bajá de Tetuán, que le dijo que había aprehendido a los siete montañeses culpables, pero que sus

compañeros les habían liberado. Se comprometió, sin embargo, a detenerles de nuevo. El 28 señala que ha dado instrucciones a los medios navales de abrir fuego, y el 30 habla del fracasado intento de un «santón» por tranquilizar a los de Anghera, siempre agresivos.

Para entonces, ya han desembarcado los refuerzos prometidos; cuatro compañías del Regimiento de Infantería de Línea de Albuera, el 27, y el 30, elementos de los batallones de Cazadores de Madrid y de Barbastro. Son justamente los barcos que les transportaban los que ha utilizado Gómez Pulido para cañonear las concentraciones de cabileños. Hay un dato preocupante, por lo que después se verá; hasta el 9 de septiembre no se completa el traslado de las dos últimas unidades citadas.

Hasta aquí, la versión española de lo sucedido, que difiere, como no podía ser menos, de la marroquí. Según esta, existía la costumbre de que, para vigilar el «campo del moro», los cabileños establecían «chozas de enea o de otros materiales», y los cristianos, «cabañas de planchas de madera». Un día, sin embargo, soldados de la guarnición de Ceuta «edificaron una casa de piedra y arcilla, y pusieron la bandera de su rey, que llaman la “Corona”». Los de Anghera «les invitaron a derribar esa casa, que era contraria al uso, para que las cosas volvieran a la situación anterior. Los cristianos se negaron, y los de Anghera se apoderaron de la casa, la demolieron, cogieron la “Corona” y la mancharon de excrementos»; además, «mataron algunos hombres», se añade.<sup>10</sup>

## UNAS NEGOCIACIONES TORTUOSAS<sup>11</sup>

El origen, al menos teórico, de la Guerra de África fue una disputa territorial, que, en un primer momento se trató en el ámbito diplomático, lo que, a su vez, marcó los límites del conflicto antes de que empezara. Resulta preciso por ello examinar someramente su desarrollo.

Como se ha visto, ya desde el mismo 11 de agosto, y con motivo de los primeros incidentes, el cónsul general de España en Tetuán se había puesto en contacto con su interlocutor, el ministro de Negocios Extranjeros marroquí. Durante las siguientes semanas se cruzará entre ambos una correspondencia que irá plasmando la evolución de la crisis, y que resulta esencial para entenderla.

En su día, se presentó a El-Jetib como un viejo marrullero, que se complacía en maniobras dilatorias y trapaceras para no atender las legítimas y

mesuradas reclamaciones de España. La realidad, como siempre, era más compleja.

Por lo que se refiere al personaje en sí, un científico español, Fernando Amor, ha dejado una interesante descripción de él, antes de que las tensiones entre los dos países nublaran todo. «Vestido de rigurosa etiqueta», le visitó en Tetuán, el 27 de julio, muy poco antes de los incidentes. Encontró a «un anciano venerable, de unos 66 años de edad, de alta estatura, tez blanquísima, color pálido y de fisonomía expresiva y dulce; viste con elegante sencillez, lo que y (sic) sus agradables maneras, su larga y blanca barba y su inteligente mirada, hacen de él un verdadero patriarca». Continúa: «me hizo ver el buen sentido en que el emperador está con nuestra augusta soberana, y el profundo sentimiento que en su ánimo y en el de su señor causaban los atentados cometidos por hordas que ni ellos mismos podían sujetar».<sup>12</sup>

Cabe mencionar que, según la fuente marroquí ya citada,<sup>13</sup> los de Anghera consideraban que El-Jetib era demasiado complaciente con los europeos: «aprueba todo lo que le dicen, y es él quien los hace tan audaces contra nosotros»; «traiciona al sultán y a los musulmanes».

Como todo es opinable, otro viajero<sup>14</sup> se llevó una impresión bien distinta. Califica al ministro de «antiguo tendero de Tetuán», casado con una viuda rica y que había amasado «una fortuna enorme». Le califica de «musulmán fanático [...] de espíritu estrecho», y afirma, en lo que acierta, que «no hace nada sin consultar al hábil representante de Gran Bretaña».

Un último retrato, hecho por un diplomático español, del ministro marroquí, que tan destacado papel jugó en la crisis. Dice:

[...] es hombre como de unos 50 a 60 años, de mediana estatura y bastante corpulento; tiene la barba blanca y blanco también el rostro; su continente es reposado, habla poco y en voz baja, y sus maneras son nobles y sencillas, como quien tiene gran conocimiento del mundo y de los hombres; no mira de frente ni se fija (sic), pero denota su mirada la astucia y la desconfianza; [...] si este hombre viene de mala fe, ha de darnos mucho en qué entender.

De su vestuario comenta que «venía vestido de blanco, todo de lana finísima, y su traje era de un *comme il faut* irreprochable».<sup>15</sup>

La versión de Amor es acorde con el momento. Se estaba negociando entonces el tratado sobre Melilla, y España había obtenido satisfacción en dos cuestiones espinosas. Una era la indemnización por daños causados a sus naves por piratas berberiscos. La otra, la liberación, tras muchos avatares, de un militar, el ayudante Álvarez, que conocería una efímera celebridad con el relato de sus aventuras.<sup>16</sup> Por cierto, que las circunstancias de su captura son un buen ejemplo de la vida en aquella frontera agreste. Fue hecho prisionero cuando practicaba un reconocimiento sin uniforme, vestido de paisano, a la cabeza de veinte confinados, en lo que a todas luces era una operación clandestina.

Pero un mes después de la cordial entrevista, la atmósfera había cambiado radicalmente. Tanto que el 1 de septiembre el Gobierno de O'Donnell decreta la formación, en Algeciras y el Campo de Gibraltar, de un cuerpo de observación de dieciséis batallones, a las órdenes de Rafael Echagüe. De ellos, la mitad de los luego famosos cazadores, creados recientemente por el propio presidente, en su época de ministro de la Guerra de un gabinete anterior. Las unidades procedían sobre todo de Cataluña y Valencia, y parte de ellas, porque todavía no estaba terminado el ferrocarril de Andalucía, se habían embarcado en Alicante, donde, por desgracia, se habían producido brotes de cólera. El Ejército de África lo pagaría bien caro.

Simultáneamente, se organizó una división de reserva, confiada al general José de Orozco, con otros ocho batallones, dos escuadrones y tres compañías de artillería montada.<sup>17</sup> No existía, pues, el mejor ambiente para unas negociaciones reposadas, pero estas, en cualquier caso, se entablaron el 5 de septiembre.<sup>18</sup> Ese día, Blanco del Valle escribía a El-Jetib para exigirle la «debida reparación» al ultraje infligido a «una altiva nación». En concreto, pedía que las armas de España fueran repuestas con todos los honores y saludadas por las tropas del sultán, que los principales culpables fueran arrestados y conducidos frente a Ceuta para ser «severamente castigados» y que el Gobierno marroquí hiciera una «declaración oficial del perfecto derecho que asiste al Gobierno de la reina para levantar en el campo de dicha plaza las fortificaciones que juzgue necesarias para la seguridad de ella». Como se apreciará, la expresión «campo» es, deliberadamente o no, imprecisa, ya que no aclara si se refiere al de la plaza o al «del moro».

Con poco tacto, repite dos veces que si el sultán carece de fuerzas para aplicar estas medidas, actuarán «los ejércitos españoles, penetrando en vuestras tierras» contra «esas tribus bárbaras, oprobio de los tiempos». Da diez días de

plazo para que se tome una decisión. Era una forma brutal de hacer los movimientos de apertura inherentes a toda negociación.

El ministro le responde el 7. Acusa al gobernador de la plaza de ser «el único responsable», debido a su «impolítico proceder» y por su falta de paciencia para no aguardar a que se encontrara una solución pacífica al incidente. Sin embargo, acepta las reclamaciones, excepto por lo que se refiere a la construcción de las obras defensivas, para lo que necesita consultar. Señala, además, que los diez días son insuficientes y alude a la salud del emperador, ignorando que, de hecho, había fallecido el 29 de agosto. Dos días después comunicará al cónsul la muerte de Abderramán y le informará de que, según los rumores, el hijo mayor del difunto, que reinaría como Mohammed IV, ha sido proclamado nuevo sultán. Le transmite su convencimiento de que, tan pronto como le sea posible, este enviará «un grueso ejército» para castigar a los de Anghera.